

La balada de la prisión de Reading. 5.492 1
("Las Noticias", Barcelona, 14 octubre 1899)

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III



LA BALADA DE LA PRISIÓN DE READING

No hace mucho que conmovió á Inglaterra con su hermosísima balada de la prisión de Reading el famoso poeta *esteta* Oscar Wilde, preso en ella á consecuencia de un proceso que hizo se le formara el padre de uno de sus *amigos*.

Wilde había llamado la atención por sus extravagancias, incluso de indumentaria, y por los escandalosos desarreglos de su vida. Era una de tantas víctimas de ese afán immoderado de notoriedad que hace estragos. Hay que hacerse oír y si se carece de voz potente y bien timbrada, se espera la ocasión de soltar en el coro un gallo en momento oportuno.

La *pose*, la afectación ó postura, era el estado habitual de Wilde, cuya alma parece amasada en vanidad. Es, á lo que he oído, de los que sólo admiten que se les admire ó se les deteste como artistas.

Este hombre había vivido en plena ficción, nutriendo de fantasmas las naturales ternuras de su espíritu, sin haber experimentado un gran dolor, de los que purifican y elevan, sin haber descendido á su fondo humano, como á todo esteta ocurre.

Pero he aquí que lo denuncian y le juzgan y le condenan y es conducido á la prisión de Reading, y se encuentra allí ante dolores reales, entre desdichados que sufren, entre miserables, entre presidiarios que destreñan calabrotos con uñas sangrientas y gastadas, en una «casa de los muertos» como las de Dostoyusqui, y la piedad le visita el corazón del alma, y se conmueve, y siente acaso por primera vez él, el esteta, el verdadero amor al prójimo, y lanza un quejido: la balada de la prisión de Reading.

Será su obra, una obra de amor y de piedad, una obra de horror y de espanto á la vez. Será su obra, ese relato de las torturas de los condenados.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

A.5.2/233

La balada de la prisión de Reading.

2



Aquí también, en España, por lo menos entre ciertos literatillos que revolotean en Madrid, hay sus Oscar Wilde, muy rebajados, es verdad, con menos audacia. Afectan vivir en la torre ebúrnea de sus exquisiteces y refinamientos, en la atmósfera sofocante de los cotarrillos de cervecería.

No parece interesarles nada hondamente humano. El arte se convierte en sus manos en un bibelote indigno, en un juego estéril, como suelen ser estériles juegos, sus amores.

Y son, sin embargo, hombres, hombres como los demás, capaces de las más grandes ternuras, tal vez más capaces que los otros. Son víctimas de una educación muelle y de un ambiente pestífero. Una gran sacudida podría purificarlos.

El esteticismo empieza á corroer nuestras letras; difúndese por ellas un soplo de erotismo blandengue y baboso, de mozos impúberes ó de viejos decrepitos. Se festeja á la futilidad.

En este naufragio de la virilidad naufraga también lo más viril que se conoce, el amor, el verdadero amor, el amor creador y renovador y purificador y sostén de la vida.

En vez de convertir en amor (de *amorizar*, por no emplear el vocablo *enamorar*, que tiene ya su sentido) á la inteligencia, se intelectualiza el amor y aún peor que intelectualizarlo. Porque la intelectualización del amor, tal como la cumplió más que nadie el Dante, es algo soberanamente grande y humano.

¿No habría modo de remover las entrañas espirituales de todos esos estetas, más ó menos disfrazados, y de todos los que fingen emborracharse con lujuria libresco? ¿No habrá medio de que esos *mártires del placer* lleguen á serlo del dolor, de un dolor que les purifique y les eleve? ¿No será cosa de pensar seriamente en la manera de ponerles en disposición de que alguno de ellos escriba la balada del presidio de Ceuta ó algo por el estilo?

Miguel de Unamuno.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

1.5.2/233